

Dar los nombres: una lengua de los nombres contra la lengua de los signos

Héctor¹ ha muerto hace apenas semanas, que aún parecen solo días o hasta horas. Cuál es el tiempo de la muerte, cuál la cifra en que el duelo abre paso a hacer la herencia. Es que la herencia como la memoria no es lo que se recibe, la herencia se hace. Jacques *dixit*. La herencia es lo que se hace con lo recibido, con lo donado. O la herencia es lo que se dona en eso que se recibe. Ya no sé cuánto de todo esto que diré fue conversación que efectivamente tuve con él y cuánto proviene de esta conversación espectral, larga, inacabable que permanecemos teniendo. Ya no sé cuánto tuvo lugar, ya no sé cuánto es más bien urdimbre. Tal vez todo estribe en llegar a saber ser como los ángeles de Rainer Maria: andar, echarse andar despreocupados de si se está entre los vivos o los muertos. En este tiempo de su muerte, aún sin poder hacer su herencia, doy su nombre, le hago memoria.

Me es imposible recordarlo sin libros entre sus manos o siempre casi entre sus manos. Recuerdo la agilidad de su cuerpo desplegándose tan en contraste con toda la demora que le otorgaba a los textos. Siempre de pie, cuando más apoyado en el mesón. Enfrentándonos, desafiándonos. En una mano con un libro, en la otra con una tiza. Recuerdo que esa tiza solía golpetearla sobre la mesa: como en una insistencia mimética de que intentaba arrebatarle algo al texto. Lo recuerdo luchando con el texto cual un ilustre Héctor de hoy. Cada vez única. Recuerdo los muchos gestos de sus manos y brazos. Su mano que se empuñaba para instarnos a tener tesón: que la filosofía era cosa peligrosa cuando se *leía*. Un año abatido, decía, le había deparado la lectura de Friedrich. Recuerdo sus gráciles coreografías en el ritual de colocarse y sacarse sus anteojos. Recuerdo sus brazos abriéndose como en una imposible y fracasada tarea de querer abarcarlo todo. Lo recuerdo dibujando las palabras en el pizarrón. Es que no las escribía: eran rostros, nombres, lo cada vez único. Por si no lo saben, todas nuestras letras son otrora retratos de animales. Lo recuerdo emocionado leyendo un pasaje de Henri: renunciando siquiera a iniciar su traducción. Lo recuerdo leyendo. Leyéndonos. Recuerdo que en las primeras clases nos hacía arrancar una hoja y escribirle quiénes éramos y por qué estábamos ahí. Atención por el nombre, lo singular, los restos, método que creo replicaba en su acercamiento a los textos. Pensarlos como restos. Sí, en esa relación doble vincular que tenemos con los restos. Rendirles honores y desecharlos. Guardarles gravedad y estallarles la risa. Lo recuerdo riendo, riéndonos. Cada vez única.

¹ Me refiero al profesor Héctor Carvallo Castro. Me es difícil recordar a alguien diciéndole simplemente Héctor. Tal vez a la profesora Patricia Bonzi o la profesora Silvia Vyhmesiter. Desde luego que yo jamás. Que la expresión que este texto me demanda sea capaz de perdonarme tamaña impertinencia. Lo común era que su apellido fuera su nombre. Dicen que a Hegel hasta su esposa le decía Hegel. Apellidos que devienen nombres.

Lo recuerdo despreocupado, irónico, vehemente. Así se lo exigía la sabiduría. Friedrich *dixit*. Vehemente y solemne. Había historias que creo que Pedro y Carlos² echaban a circular sobre él que bien lo retratan así. Muchas historias. Recuerdo aquí solo dos. Las dos tienen lugar en aquellos años oscuros para la Universidad. No sé si más oscuros que estos. Digamos que en esos años oscuros de hace tres o cuatro décadas. Dicen que guardó y recogió muchos de los libros que, extirpados de la biblioteca del Instituto Pedagógico, eran apilados como restos, como desechos al borde de la cancha. Dicen que ante el injusto sumario que sentenciaba la expulsión de una profesora, fue a convencer al director de que no hiciera tal exhibiéndole su carta de renuncia.

Quizá podríamos dar inicio a una nueva versión de *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* comenzando por él. Doy un par de anécdotas más como posibles contribuciones para ese volumen.

La primera historia ocurre en uno de esos espacios tan importantes para Héctor como las salas de clases. Me lo encuentro en un pasillo una mañana y me enrostra un “¿Usted también?”. Por supuesto que una sentencia tal, sólo me habló en el registro de la gravedad. Hago la historia breve: sucedía que un grupo de mis compañeros lo acusó de no estar haciéndonos clases. Esto le dolió mucho. Por supuesto que no por la acusación. Comprendía que algo otro se había quebrado. La crisis no moderna de la universidad ante sus pies. Después de todo, creo que mis compañeros tenían razón en que él no hacía clases. Claro que él era el primero en saberlo. Sus programas adolecían de objetivos y más aún de competencias y decía irónicamente que lo que se dice un programa sólo podía ser hecho *a posteriori*. En cambio, sus programas eran artefactos que rebosaban en palabras intensidades que teníamos que pensar con cada pensador, los nombres con que ellos habían pensado, los nombres con que le habían logrado desgajar algo a la *cosa*. De pensar y no de tener clases se trataba el asunto. La escuela para Héctor era *scholé*, el otro tiempo, el tiempo otro que el *neg-otium*, la lengua otra que la lengua de los signos. No en vano, me digo, *Héktor* y *scholé* toman raíz en *échein*: pensados aunadamente serían algo así como sostener el tiempo. Aunque en verdad la cuestión siempre es más bien dar el tiempo. Dar nombres como modo de dar el tiempo.

La otra historia tiene que ver con la venida de un insigne hegeliano desde las españas. Es Félix. Almorzando con ellos, fue poco, muy poco, lo que se demoró Héctor en proponerle uno de sus juegos preferidos. Este consistía en tener que escoger en cuál de sus nombres intensidades, como esos que poblaban sus no-programas, quedaba mejor pensado un pensador. Su frustración fue mucha porque Félix le respondía sin responderle, esto es, le daba el signo, pero no le daba cuenta del nombre. Dos o tres veces le insistió con la pregunta por Hegel. Las mismas

² Me refiero a los profesores Pedro Peirano y Carlos Valdivieso.

veces Félix replicó que Espíritu era su respuesta. Frustrado Héctor, entonces, se despachó que para él *Versöhnung* era la respuesta porque guardaba el dolor de la expiación, de la escisión en la reconciliación alcanzada, porque guardaba la historia, el camino en el resultado. Cada palabra como un nombre. Cada vez única. Cada pensador como una única intensidad. Como un nombre.

Quizá Platón tanto supo de esto que nos dejó señas evidentes en el modo en que nombró esos diálogos, esas conversaciones cada vez únicas. Abundan los nombres como títulos para los diálogos platónicos. Es cierto que por ahí están la *República* y el *Banquete*: pero qué son la *Politeía* y el *Sympósion* sino nombres propios de lo común, de experiencias de lo común.

La ironía de todo es que estamos en un tiempo de pandemia en que los nombres desaparecen para devenir signos, cifras. No cejar en dar los nombres de nuestros muertos. Hoy más que nunca. Doy tu nombre, Rodrigo³, querido compañero de vehemencias en la estela herencial de Héctor. Doy sus nombres. Una y otra vez. Doy sus nombres. Amén.

Cristóbal Montalva
Universidad de Chile, Santiago, Chile
cristobalmontalva@yahoo.es

³ Rodrigo Muñoz Giadrosic.